

Para el aniversario de *Casa del Tiempo*

Leticia Algaba

MI BREVE PERIODO en la Dirección de Difusión Cultural estuvo signado por los aniversarios. A mi llegada, las gratas visitas del poeta Raúl Renán obedecían al cuidado de la edición de un libro por los diez años de la Galería Metropolitana, un hermoso volumen finamente ilustrado por Natalia Rojas –ella era ya la imprescindible diseñadora de la producción editorial–, que abría sus páginas con un prólogo de Renán que así respondía a la invitación del rector general, Óscar Manuel González Cuevas. El aniversario coincidía, además, con los quince años de nuestra Universidad, la Autónoma Metropolitana.

En 1989 la revista *Casa del Tiempo* había cobrado prestigio en el ámbito cultural. El secretario de redacción, José María Espinasa, había atraído colaboraciones de un buen número de escritores y traductores. En la sección “El Profano”, Adolfo Castañón, por ejemplo, entregaba textos breves que, entre la crónica y el ensayo, deslizaban un oficio ya desde entonces implacable, y en la sección “Hipócrita Lector” se vertían las reseñas sobre libros de reciente aparición. Espinasa se preocupaba por publicar a escritores olvidados; éste fue uno de los mayores aciertos que percibí en él. Hay varios ejemplos al respecto. El que más recuerdo es el caso de Francisco Tario, a cuya obra se dedicó el *dossier* del número 86 del mes de junio.

Diez fueron los números de *Casa del Tiempo* en mi paso por Difusión Cultural y dos secretarios de redacción. Luego de una labor encomiable y unos cuantos años en la Sección Editorial, Espinasa nos abandonó. Me di a la tarea de buscar un nuevo colaborador; venturosamente aceptó la invitación Rafael Vargas, recién llegado de Lima, donde había estado como agregado cultural. De inmediato tomó el timón

de la revista y entregó un número –“La hora peruana”– que abría sus páginas con un poema de Fabio Morábito y, desde luego, incluía textos de autores “secretos de Perú”, entre los que destacan cuatro relatos de Luis Loayza. Y de nuestros escritores se incluyó un fragmento del tomo segundo de la *Tragcomedia mexicana* de José Agustín, dedicado a los avatares de la sociedad mexicana entre 1940 y 1980.

Al hojear y ojear los diez números de *Casa del Tiempo* ratifiqué mi gusto por tres. A la par de la reminiscencia iré refiriéndome en seguida a los tópicos preponderantes. “La melancolía” formó el *dossier* del número 92 del último mes de 1989, presidido por una reflexión de –por supuesto– Roger Bartra, en torno a su libro *La jaula de la melancolía*, una especie de repaso sobre el tópico en la antigüedad clásica y el resurgimiento durante el Renacimiento y, posteriormente, el romanticismo. En otro orden artístico, Francisco León González consiguió una entrevista con Juan Soriano, que coincidía con una muestra de su magnífica obra en la Galería Metropolitana. Federico Campbell declaraba en una entrevista con Alejandro Toledo sus afanes por narrar sobre y desde la frontera, la suya, Tijuana, “un espacio en suspenso” semejante a los linderos del hombre en su tránsito hacia sí mismo. Y con renovada admiración y gratitud releo a José Amezcuca, el amigo ausente, en su artículo “Caballería: historia y literatura”. Con su texto readvertí el peso de la tradición literaria hispánica y el retorno de don Quijote justamente en éste su año.

El número 90 de *Casa del Tiempo* se sumó a la conmemoración de la imprenta en México; la tapa y los interiores ilustraron el mecanismo. Los artículos de Jorge Ruiz Dueñas, “El poder de los instrumentos (la imprenta en el Nuevo

Mundo)” y de Luisa Martínez Leal, “La tipografía en México”, se referían al poder de uno de los inventos de mayor repercusión. Instalado en la modernidad, Bernardo Ruiz escribió “Guía de descarriados (texto e hipertexto, opciones para la lectura)”, que adelantaba los beneficios del trabajo del escritor en la pantalla de la computadora. El *dossier* ponía en relieve también la casa de Licenciado Primo Verdad y Moneda, mejor conocida como Casa de la Primera Imprenta de América, convertida en una nueva sede de la UAM gracias a una cesión por parte del gobierno federal. Ahí, por cierto, se había planeado fundar un Museo del Libro. Mi gusto por este número se debe también a que se incluyó una entrevista con Carlos Montemayor, el fundador de *Casa del Tiempo*, y junto al entrevistado uno de sus poemas. Tanto en aquel momento como ahora pienso que el impulso inicial de Montemayor fue decisivo para la fisionomía y la función de la revista que, respecto al ámbito mexicano, desde el principio combinó textos de autores consagrados con los de escritores jóvenes, labor iniciada exitosamente por Bernardo Ruiz.

El tercer número que me agradó mucho fue el 96, correspondiente al verano de 1990, el penúltimo bajo mi dirección. Rafael Vargas volvió su inquieta mirada al “Inagotable Borges”. Intercaló el “Prefacio” del escritor argentino al *Diccionario enciclopédico* de Grijalbo, en el que leemos un fugaz recorrido sobre las creaciones del hombre, entre las que resalta *el libro*, “una extensión de la memoria”. Frase sobre la tradición lingüística escrita que bien se correspondía con la tradición oral en la entrevista que Alberto Paredes y Salvador Mendiola hicieron a Antonio Alatorre a propósito del imprescindible *Los 1001 años de la lengua española*. Como siempre, el maestro jugueteó con sus alumnos. Pregunta: “¿Hacia dónde crees que apunte nuestra lengua?” Respuesta: “¿Va en serio la pregunta?... hablándoles en serio yo digo simplemente que nuestra lengua apunta a la supervivencia y que, hoy por hoy, está bien vigorosa...”

A dieciséis años de distancia, declaro que fue para mí un honor haber sido directora de *Casa del Tiempo*, haber tenido a José María Espinasa y a Rafael Vargas en la secretaría de redacción constituyó un auténtico aprendizaje. Mi breve estancia en Difusión Cultural, signada por las conmemoraciones, tiene un lugar importante en mi ya larga vida académica en la UAM. Justamente este año celebro tres décadas de haber ingresado a la Casa Abierta al Tiempo, al espacio signado por tres palabras, en la que seguramente la revista de difusión cultural tendrá una larga vida. •

